



CARTA DEL DIRECTOR JORGE LOSADA

Otra oportunidad a la Cultura

Durante muchos años Salamanca vivió en un sueño cultural del que la ciudad no era consciente porque pensaba que su realidad no era otra que la de gozar de las mejores exposiciones, los artistas más vanguardistas, las obras de teatro clásicas y modernas del momento que giraban por los escenarios nacionales e internacionales... y todo ello prácticamente a un precio simbólico gracias a la generosidad y al esfuerzo de la Obra Social y Cultural de Caja Duero. Velázquez, Zurbarán, Dalí, Nuria Espert, Andrés Calamaro, Joaquín Sabina, Van Morrison, BB King, Bunbury, Oasis y decenas de genios más convivían en el calendario de Salamanca no hace muchos años como algo habitual cuando en realidad era algo extraordinario.

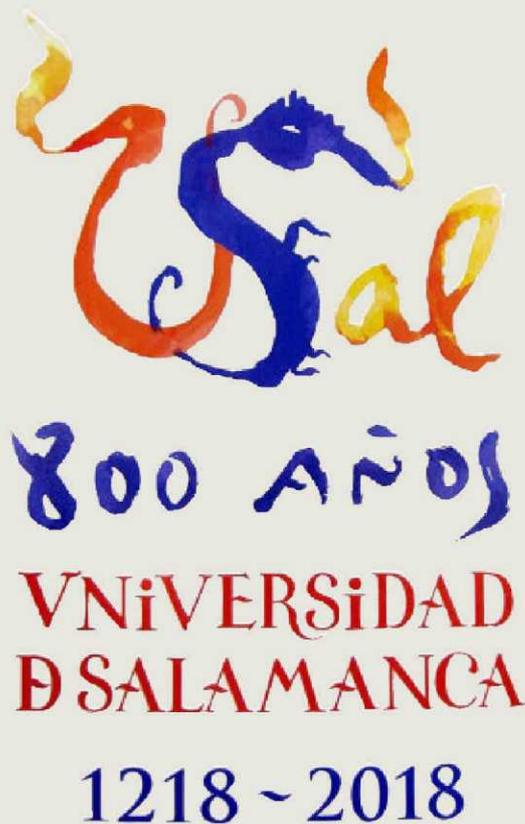
Y ese sueño se prolongó aún más con la designación en el 2002 de Salamanca como Ciudad Europea de la Cultura porque junto al enorme compromiso que hacía la entidad financiera salmantina, que se redobló o cuadruplicó durante aquel año, a nuestras ciudad llegaron paladas de euros del Gobierno de España, de la Junta de Castilla y León y de las propias arcas municipales y provinciales que no solo fortalecieron una agenda de actividades, sino que esos dineros también sirvieron para construir edificios únicos que deberían haber marcado, y en buena medida marcaron, un antes y un después en la historia de nuestra capital.

Salamanca fue la envidia de cualquier ciudad media de España. A su Historia vetusta con mayúsculas, que no vieja, a su Universidad, a su aportación a las artes, letras y saberes de España, se le sumaba una corriente de

modernidad, de aire fresco con la designación de la Capitalidad que todos pensamos que serviría para romper un sentimiento de resignación que se había instalado en nuestras calles en los años 60 del pasado siglo por pensar que a Salamanca no habían llegado las fábricas que impulsó el franquismo en la dictadura en muchas provincias de España. No nos dimos cuenta,

no se dieron cuenta nuestros mayores, de que nuestra mayor industria no era otra que la de la Cultura, las Artes y los Saberes, y no la que contaminaba los cielos con chimeneas, por mucho que ellos añoraran esas chimeneas.

Pero el sueño no podía ser eterno y la Capitalidad Cultural Europea concluyó y pese a que su estela se prolongó durante algún tiempo más, la reali-





dad es que el 2002 no dejó el poso deseado por todos. El dinero de las instituciones dejó de entrar a paladas y luego la crisis golpeó con tal fuerza que no solo se llevó las subvenciones para programar cultura, sino que arrolló hasta a la propia Caja Duero que lo mantenía casi todo y la capital se quedó huérfana de su principal mecenas.

El presagio de los que más saben de cultura en Salamanca se cumplió y nos dimos cuenta de que el dinero no es suficiente para formar en Las Artes, que las corrientes no se construyen a base de talonario, a base de subvenciones, porque cuando éste se acaba, si no se ha educado a la sociedad, no queda nada.

La crisis mostró entonces el lado más duro de la realidad artística. Edificios singulares que habían costado millones de euros que apenas tenían programación ya no de primer nivel, sino ni siquiera de segunda o de tercera. Obras de teatro o conciertos casi vacíos porque al público le parecían caros, ya que hasta ese momento siempre parte de la entrada había estado subvencionada por Caja Duero o por alguna otra entidad, con lo que los promotores dejaron de creer en la ciudad...

El antes y después del 2002 lo que reflejó es que se habían invertido millones y millones de euros en cultura en Salamanca, pero no se había conseguido crear en la ciu-

dad una conciencia colectiva de una Cultura en mayúsculas.

Los sueños no son eternos, pero afortunadamente las pesadillas tampoco, y el vacío cultural que aportó la crisis se atacó con imaginación y por qué no decirlo, también con mucho sacrificio, por una corriente de hombres y mujeres que apostaron por esa Cultura con mayúsculas que siempre ha existido en la ciudad. Con pequeños proyectos de teatro, música, con galerías de arte independientes, pequeñas salas de conciertos que no contaban con ninguna ayuda institucional y construyeron un movimiento cultural que le está dando personalidad a Salamanca más allá de nuestras fronteras. Ninguno de estos promotores culturales se va a hacer rico, es más, seguro que perderán dinero en más de uno de sus proyectos, pero es necesario que se apueste por ellos y que desde el Ayuntamiento, principalmente, pero también desde cualquier institución que trabaja en Salamanca, se crea en esta corriente que está alejada de los grandes conciertos de moda que se pueden disfrutar en cualquier ciudad.

Estamos ante las puertas del VIII Centenario del nacimiento de la Universidad de Salamanca y hay que aprender de los errores que se cometieron en el 2002 para que en el 2019 Salamanca sea la ciudad eterna de la cultura. No perdamos una oportunidad única que quizá hasta dentro de muchos años no volvamos a disfrutar.

jorge@promecal.es

